

¿Una virgen, de pálido semblante,
que orla triunfal su cabellera de oro?
Amas, ¡pobre alma mía delirante!,
pero el objeto de tu amor ignoro.

Cuando el sol, con sus últimos fulgores,
da á las flores más brillo y más aroma,
¿por qué yo beso y muerdo aquellas flores,
cual labios do el amor sus mieles toma?

Cuando en la extensa playa me contrista
el mar con su monótono lamento,
¿por qué besos de amor busca mi vista
allá en el fondo azul del firmamento?

Cuando la hermosa luna se levanta
en brazos de la noche dormitando,
¿por qué, á sus rayos, la ilusión me encanta
de amor eterno, y apacible, y blando?

No lo sé; pero en férvido arrebató
quiero, con imposible desvario,
de ese amor, de ese júbilo insensato,
llenar audaz mi corazón vacío.

LEÓN VALADE

CANCION DE LOS BESOS

El primer beso de la bien querida,
¡oh cómo resbaló tímido y mudol
Huye así de la rama estremecida
el ave que rozarla apenas pudo.

Pero el choque del ala menos siente
la hoja tierna y sutil del bosque espeso,
que del amante la mejilla ardiente
la rápida impresión del primer beso.

Después de él, otros muchos, mejor dados,
con mayor embeleso recibidos,
tiernos ó jubilosos ó abrasados,
vendrán á electrizar nuestros sentidos.

Y como amansa al ave más bravía
del imperioso amor el dulce anhelo,
á nuestro llamamiento, en feliz día,
los ósculos vendrán con fácil vuelo.

Pero el más prolongado y ardoroso
no hará olvidar al que por vez primera,
ligero, blando, púdico, medroso,
al volador enjambre precediera.

Y aunque la bien querida, de su boca
la miel nos brinde con triunfal exceso,
no apagará jamás la fiebre loca
que encendió en nuestro labio el primer beso.

RAMO DE FLORES

Hermoso ramo, cuyas tiernas flores
tan sólo brillan fugitivo instante,
no es tu aroma, no son tus resplandores,
digna embajada de pasión constante.

No pueden, sin sarcástica ironía,
ofrecer al amor prenda lejana
la anémone, que muere con el día,
ni la rosa, que vive una mañana.

Pero decid á la que fiel adoro,
que si pronto perdéis brillo y colores,
vuestra belleza, pródigo tesoro,
renace sin cesar en nuevas flores.

Y que el amor, aunque perpetuo existe
llenando nuestras almas inmortales,
la rigidez inmóvil no reviste
de las flores de trapo artificiales.

Decidle que los cálices hermosos
abris, uno tras otro, en primavera,
cual los goces, que surgen numerosos
para mí en su mirada placentera.

Que no son esos goces menos ciertos
por sus continuos cambios sorprendentes,
cual no son menos bellas en los huertos
las anémones, todas diferentes.

Y que así cual nos dan distintas flores
de carmin, nieve ó crema, los rosales,
florecerán por ella mis amores
siempre sinceros, aunque nunca iguales.



FRANCISCO COPPÉE